

## MI PROPIA LOTERÍA.

*22 de diciembre. 9:49 a.m. 3°C*

No nevaba. Tampoco era una de las típicas mañanas navideñas donde el olor de las calles se tornaba de un característico aroma a chocolate y galletas de jengibre recién horneadas.

Era un día más de la Navidad. Pero con una particularidad: era el día del sorteo de la Lotería Nacional.

Ramón caminaba despacio sobre la acera observando como los primeros locales abrían sus puertas. Las televisiones en las cafeterías mostraban a los niños recitando los números. Pendientes todos de las pantallas, no se fijaban en el hombre que pasaba a su lado. Tan solo unos cortos “buenos días” salían de sus bocas.

Cansado ya de su paseo y con la necesidad de tomar un respiro, Ramón apretó el paso para ir a sentarse a uno de los bancos del parque.

Más allá de las copas de los árboles, los altos edificios presidían aquel lugar. Lejos del barullo de los locales, Ramón prefería respirar un poco de paz y tranquilidad antes de enfrentarse a aquel día.

¿Le habría tocado hoy la lotería a ese pobre vagabundo que dormía todas las noches en su portal? ¿O la suerte le había sonreído aquella agradable familia que vivía el edificio de enfrente?

Poco tardaría en saberlo. Aunque esa ciudad no era especialmente pequeña, las noticias volaban, rápidas como el viento.

-Buenos días, Ramón. –El anciano le miraba desde el banco opuesto. Su cara reflejaba años de trabajo y constancia. Había perdido a su familia en un accidente de coche y ahora solamente se tenía a él mismo. Bueno, a él, y a las plantas. Toda su vida se había dedicado a la naturaleza y el amor que sentía por ella.

-¿Cómo estás, Félix? –Se levantó de su sitio y se dirigió a sentarse junto al retirado botánico.

El frío no era un impedimento para que aquellos dos hombres se sentasen a charlar aquella esperanzadora mañana.

Ramón esperaba que le preguntase si le había tocado algo pero no se escuchó ni una mísera palabra sobre el tema.

Hablaron sobre banalidades, cualquier cosa era mejor que mantener la boca cerrada. Disfrutaban del hecho de encontrarse allí, una mañana de diciembre cualquiera.

Y por fin, en un momento en el que la comunicación empezaba a decaer, Félix hizo la pregunta que tanto deseaba escuchar Ramón. ¿O puede que no?

-Dime Ramón, ¿ya te ha tocado la lotería?

Tal vez fue el tono en que lo dijo, un poco decadente, lo que hizo a Ramón reflexionar un poco más de la cuenta.

Sacó un décimo de lotería que llevaba guardado en su chaqueta de pana. El único que había comprado esas navidades. Le dio vueltas entre sus dedos y asintió tranquilamente.

-Me ha tocado. –Su voz sonaba firme y esperanzada.

Félix se estremeció de la sorpresa. Se encorvó un poco más hacia Ramón a la espera de que este continuase hablando cuando notó algo en su mirada que le hizo detenerse. Era un brillo, un resplandor de energía y determinación.

-Me ha tocado ser yo –Ramón levantó la cabeza y miró hacia el frente, hacia los edificios que se alzaban detrás de los árboles del parque –. Fascinarme por las personas que están totalmente locas. Aquellas con las que te puedes sentar a escucharlos durante horas. Me gusta la gente que disfruta mucho más ilusionada cuando regala algo que cuando lo recibe.

“Me encanta el olor que se te queda en las manos al pelar mandarinas. Las castañas en otoño y el melón fresco en verano. Inundar los platos con queso rallado, por no hablar del ketchup o la mayonesa. Un plato de sopa caliente en los días grises o una buena película, rodeado de mantas.

Nunca he querido tener un reloj de pulsera y no me llevo bien con el estrés ni las prisas. Prefiero que no me hablen a que me cuenten chismorreos sobre los demás. Tengo un pez y siempre he querido tener un gato. Amo a mi familia y siempre me ha gustado mirarme en el reflejo de las ventanillas de los coches en el parking del supermercado. Todos los días salgo de casa con un litro de colonia y odio la gomina.

Soy escrupuloso de nacimiento y no soporto tener que tocar el dinero y las puertas de los baños. No hay día que no salga con mi desinfectante guardado en el bolso de la chaqueta. No me gusta el contacto físico excesivo y canto de pena.

Soy de largas caminatas al lado del mar y de baños calientes. Prefiero el agua a la montaña y viajar de un lado para otro. De dibujar cosas sin sentido en los manteles de los restaurantes y de hacer cualquier tontería esperando una sonrisa. Unos días puedo estar triste y al rato ser la persona más alegre del universo”.

Un largo silencio se apropió de aquel banco donde dos personas, una con un bastón reposando a su lado y la otra con un boletín sin premio y ojos vidriosos, charlaban hace apenas unos minutos.

Ninguno de los dos hablaba, cada uno pensaba en su propia lotería.

***FIN***